

hombre mas por sí que por los demas, y en el estado de caridad perfecta, teme mas por los demas que por sí.

No olvidemos por último, la memorable parábola de los talentos, que hemos referido en las lecciones anteriores: al paso que en ella vemos la perfecta equidad con que nos tomará cuenta el justo Juez, y que la ganancia de cada hombre se computará por los auxilios que halla recibido, y al paso tambien que nos da á entender que habrá varios grados de gloria y de pena, segun los varios grados de virtud ó de vicio, en ella se nos da una clara leccion, de que cualquiera que sea la situacion del hombre en la tierra, será responsable del uso que haya hecho con los talentos que haya recibido, y que se dirá del siervo inútil. *Echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes. Y que Dios retribuirá á cada uno segun sus obras, esto es, como dice San Pablo á los romanos, con la vida eterna, á los que perseverando en obras buenas buscan gloria y honra é inmortalidad. Mas con ira é indignacion á los que son de contienda y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. Tribulacion y angustia será sobre toda alma de hombre que obra mal: del judío primeramente y del griego; mas gloria y honra y paz, á todo obrador del bien: al judío primeramente y al griego, porque no hay acepcion de personas para con Dios. . . . En el dia en que Dios juzgará las cosas ocultas para los hombres.*

DIA DIEZ Y SEIS.

San Abraham, ermitaño.

San Abraham nació en la Siria ó Mesopotomia en el siglo IV. de la Iglesia, y fué hijo de unos padres muy ricos, y por consiguiente demasiado apegados á las vanidades del mundo. Los sentimientos de nuestro santo eran totalmente contrarios desde niño; de tal suerte, que mientras aquellos pensaban en los honoríficos puestos en que pretendian colocarlo cuando llegase á la edad competente, éste solo se ocupaba en formar su corazon para la piedad, entregándose á la oracion, el retiro y la atenta lectura de los libros sagrados.

Habiendo entrado en la edad de la pubertad, lo obligaron sus padres á contraer matrimonio; pero Abraham, movido de una supe-

rior gracia, abandonó á su esposa y huyó de la ciudad, retirándose á un lugar distante de ella tres cuartos de legua, encerrándose en una celdilla abandonada que encontró allí. Buscáronlo sus parientes con el mayor empeño, y al cabo de diez y siete dias, lo hallaron en aquel retiro haciendo oracion. Esforzándose en vano en hacerlo volver á su casa; y convencidos de la firmeza de su resolucion, desistieron de la empresa de llevarse, prometiéndole no molestarlo mas. Luego que se retiraron hizo tapiar Abraham la puerta de la ermita, sin dejar mas que una ventanilla por donde le introdujesen algunos panes en ciertos dias. Separado tan completamente del siglo, se entregó con toda libertad al ejercicio de todas las virtudes, en las que hizo tales progresos, que difundiéndose la fama de su santidad por los lugares circunvecinos, acudia á visitarlo multitud de gente, á la que con la mayor caridad daba instrucciones, llenas de ciencia, sabiduria y consolacion.

A los doce años de esta vida angelical, perdió nuestro santo á sus padres, quienes le dejaron una herencia cuantiosa; pero la hizo repartir entre los pobres por medio de un amigo de su confianza, y continuando el método de vida que habia emprendido, entregado á los ejercicios mas austeros de la penitencia, á las mayores privaciones de la pobreza, á la continua meditacion de las verdades eternas, y á la práctica no interrumpida de las virtudes, pasó otros cincuenta años con un espíritu siempre igual, y que nunca se entibió en un periodo tan largo, ni por el uniforme rigor de sus maceraciones.

Pero al fin, habiendo la Providencia dispuesto colocar esta encendida luz sobre el candelero, salió Abraham de su amado retiro para el bien de muchas almas. Cerca de la ciudad que habia abandonado, se hallaba un pueblo muy poblado de gente idólatra y bárbara á quien jamás habia podido reducir ninguna clase de misioneros, por mas diligencias que el obispo habia practicado para su conversion; pero noticioso éste de la santidad de nuestro santo, pasó á verlo con su clero, y á pesar de su humilde resistencia, lo ordenó de sacerdote y lo encargó de aquella mision tan dificil, como verdaderamente apostólica.

Preparado el nuevo sacerdote con ayunos, oraciones y fervorosas súplicas para obtener la ayuda del cielo, se dirigió al lugar de su mision. Bendijo Dios sus primeros trabajos; y animado con tales frutos, Abraham edificó una iglesia, adornándola con todo lo nece-

sario para el culto divino. Luego que estuvo concluida, se encaminó al templo de los idólatras; predicóles el Evangelio, los convidó á que se reunieran en su iglesia, á adorar á Dios en espíritu y verdad; y arretadado de un santo celo, despedazó los ídolos y derribó sus altares. Los infieles enfurecidos se arrojaron sobre él y lo maltrataron con muchos golpes y heridas; pero escapando de sus manos se retiró á la iglesia, y se puso á orar por los que lo habían ofendido, en cuyo cristiano ejercicio lo encontraron los gentiles al día siguiente en que su curiosidad los llevó á ver el edificio. Otra vez que les hacía las mismas exhortaciones lo golpearon cruelmente, lo sacaron arrastrando con una soga fuera del pueblo, é intentaron acabarle de quitar la vida á pedradas; mas el Señor se la conservó admirablemente, y cuando los bárbaros lo creían muerto, lo volvieron á ver con grande asombro suyo, orando por su salvación delante de las aras que había levantado al Dios verdadero. Semejantes maltratamientos sufrió nuestro santo repetidas veces; pero nada fué capaz de atorrarlo, para que dejase de continuar sus tareas apostólicas.

Tantos sacrificios no quedaron sin premio. Abrió el Señor los ojos de aquellos obstinados infieles, los que reconociendo sus errores por la predicación de su apóstol, movidos del ejemplo de su vida, y atraídos de su caridad, resolvieron abrazar el cristianismo, dirigiéndose todos á la iglesia en busca de Abraham. Recibiólos el santo con suma alegría; dió gracias al Señor por aquel triunfo de su misericordia; y habiéndolos instruido en la religion, bautizó á todos los habitantes del pueblo, que pasaban de mil personas. Dedicóse en seguida á formarlos buenos cristianos: diariamente les leía la Sagrada Escritura; explicábales sus nuevas obligaciones; convirtió en fin aquellas fieras en discípulos de Cristo; y llegó á conseguir lo amasen con aquel tierno afecto que siempre él les había mostrado.

Al año de esta dichosa conversion, juzgando Abraham á sus neófitos bien instruidos en la fé, y bastante adoptinados en los preceptos divinos, teniendo por concluida su misión, se separó secretamente de ellos, retirándose á un desierto distinto del que antes habitaba. Luego que su pueblo lo echó menos, lo buscó por todas partes; pero siendo inútiles sus indagaciones, ocurrieron á su obispo, quien les dió nuevo pastor, y ordenó á algunos de ellos para que lo ayudasen en los ministerios; lo que sabido por el santo,

volvió ya con seguridad á su antigua celda, continuando en ella sus anteriores ejercicios, venciendo terribles tentaciones del demonio, y dando admirables ejemplos de todas las virtudes.

Entre estos fué muy distinguida una accion insignie de caridad, que brillará siempre en la Iglesia. En una ermita inmediata á la suya, vivia una sobrina de Abraham, llamada María, que habiendo quedado huérfana á la edad de siete años la había recogido su santo tío, educado con el mayor esmero y dirigido por el camino de la perfeccion, que abrazó con gusto, haciendo en el progresos muy considerables.

Había llegado ya á cumplir veinte años de edad, cuando un hombre hipócrita sedujo á esta virtuosa jóven, la cual habiendo cedido á la fragilidad de su sexo, llevada de una cruel desesperacion de su culpa, abandonó la ermita, y huyendo á una ciudad se prostituyó con escándalo. Su santo tío no llegó á saber nada sino por una vision espantosa que tuvo en sueños por dos ocasiones. En la primera vió que un dragon formidable devoraba á una paloma; y en la segunda, que poniendo un pié sobre la cabeza de esa fiera, sacaba de sus entrañas al inocente animal.

Muy pronto entendió nuestro santo el misterioso sueño, pues buscando á su sobrina, conoció su fuga. Por dos años no dejó de llorar su desgracia, de pedir á Dios por María, y de solicitarla por todas partes; y habiendo sabido su paradero, á pesar de su avanzada edad, disfrazado de militar, y cubierto el rostro para no ser conocido, se dirigió á donde se hallaba su sobrina, posósele delante, y con dulces exhortaciones y lágrimas, la movió á hacer penitencia de sus pecados y á que volviese á su antiguo retiro.

En él vivió María en lo sucesivo con tal aspezeza y en la práctica de tantas virtudes, que lavando completamente sus pasadas culpas, murió en tan buen olor de santidad, que la Iglesia la tiene colocada en el catálogo de los santos, venerándola en 29 de Octubre, con el nombre de Santa Maria Penitente. Nuestro santo ermitaño vivió aún diez años mas en la observancia de su antigua disciplina, hasta que á la edad de setenta pasó al reino celestial, á recibir la eterna recompensa de sus servicios.

La Epistola es del capítulo XXXI de la Sabiduría. (Eclesiástico.)
(pág. 590.)

Bienaventurado el rico &c.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas. (pág. 497.)

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos &c.

MEDITACION.

Sobre el desasimiento del mundo y de nosotros mismos.

Considera que es bastante conocer al mundo para menospreciarle, por lo ciego que es en sus juicios, y lo injusto que es en su estimacion y premios. No tiene consideracion á la virtud ni al mérito. Ordinariamente es razon para sus premios el no merecerlos. Es el mundo infiel en sus promesas, extravagante en su conducta, inconstante en su amistad: ganarle es muy costoso; conservarlo es muy difícil; pero muy fácil perderle. Amigo débil; enemigo peligroso; halaga para engañar, y acaricia solo para destruir mas fácilmente. Promete mucho, dando solo cosas superficiales que no pueden satisfacer la capacidad de nuestro corazon, y tan vanas, que no pueden contentar á un espíritu capaz de razon. Son sus bienes materiales y groseros sin, proporcion con el alma espiritual, breves y momentáneos, que por consiguiente no pueden hacer la dicha de una alma inmortal: esto es todo lo que promete el mundo y aun rara vez lo da. No solo es menester menospreciar al mundo; es menester tambien desasirse de él. ¿Pero cuántos se ven que dan á entender no le estiman, y no obstante tienen grande asimiento á él? Discurrirán estos sobre la vanidad del mundo, y la están amando en su corazon; se quejan todos los dias de su infidelidad, y no obstante se fian en él; y aunque le echan maldiciones no dejan de hacerle su ídolo y adorarle. Verdaderamente que es ceguedad el estimar al mundo; pero ¿cómo dirémos que sea menospreciarle, al mismo tiempo que se le tiene tanto asimiento, como si se hallase en él todo lo que se puede desear? Falta es de discurso el estimar al mundo; pero es señal de nuestra poca fé, ó de dar de mano á Jesucristo, cuando le tenemos asimiento, sabiendo que es el mayor enemigo de nuestro Salvador.

Considera que todos los cristianos deben desasirse del mundo; y los que desean su perfeccion, deben morir á él. *Vosotros habeis muerto*, decia el Apóstol á los cristianos, *y vuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios*. Por desasido que uno esté de bienes y honras, no por eso deja de ser á ellos sensible: aunque no busque este gusto, le experimenta y se saborea; pero no debe ser así: un

muerto es insensible á todo; y ni las exequias mas magníficas, ni los mausoleos mas soberbios le inmutan. Este es el modelo de un hombre muerto al mundo: ni los grandes sucesos de su vida, ni sus virtudes, ni sus acciones heroicas, ni la veneracion de todo el mundo deben trastorlarle ni inmutarle en nada; porque ha muerto al mundo y á sí mismo; é insensible á cuanto le toca, solo desea la gloria de Dios, á quien reconoce como autor de todos los bienes, en que no juzga tener mas parte que la de estar en él.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah Señor! que yo deseo hallarme en este estado felicísimo; pero me encuentro muy distante de él: todo me afecta, todo me interesa, á todo soy sensible, todo me lleva el corazon; y aunque conozco el modo de vencerme, y las ocasiones en que debo hacerlo, me hallo sin fuerzas para vencer mi pasión ó superar mi flaqueza. Haced, ó buen Jesus, que tenga aliento para romper de un golpe todos los lazos que me aprisionan, y que diga un *á Dios* perpetuo y absoluto al mundo y sus delicias, sus faustos y sus pompas; á mi propio corazon con todas sus aficiones, deseos y apetitos para no buscar ni asirme mas que á vos, único dueño de mi corazon.

JACULATORIA.

¡Oh Jesus! sed para mí Jesus, y salvadme.

LECCION.

Sobre la eternidad de las penas del infierno.

Seria temible sufrir las penas del infierno no por un tiempo limitado aunque fuera muy largo; pero es sobre manera espantosa la idea de sufrirlas para siempre: Un sabio místico nos dice: "Terrible cosa es padecer, y es cosa terrible saber que se ha de padecer eternamente. Lo primero se llama eternidad de la pena, y lo segundo la pena de la eternidad. No pensemos que este es un juego de palabras; comprendamos bien y distingamos estas dos ideas. Los condenados padecen penas eternas, y al mismo tiempo el saber que son eternas, es una pena de las mayores que los atormenta. Si ellos siquiera dudaran de su duracion, tendrían algun consuelo. Se acabarían estos tormentos, dieran, mañana, dentro de un año, de ciento, de mil, de un millon; ó indefinidamente ellas han de acabar alguna vez, aunque no sepa

mos cuándo; mas no es así: jamás han de terminar, y de esto se hallan bien convencidos, de suerte que no pueden tener la mas ligera duda acerca de ello. ¡Tormento insufrible! El autor citado nos hace formar alguna idea de él por medio de una comparacion sensible: "La pena de la eternidad, dice, no es menos espantosa. Consiste esta en tener siempre fija en el pensamiento, sin ser posible apartarla de él, aquella interminable serie de siglos que han de durar los tormentos. El que lleva en la mano un globo pesadísimo de plomo, aunque en la realidad no lo toque mas que por un solo punto, no deja de sentir todo su peso. De la misma manera en cada instante tiene sobre sí el infeliz condenado, por decirlo así, todo el peso de la eternidad, por estar bien asegurado de que jamás se ha de acabar su tormento." Mas no solo consiste en esto la pena de la eternidad, sino en la comparacion que haremos entre ella y el tiempo que vivimos en el mundo. El citado autor prosigue diciendo: "Tambien será otra pena de la eternidad, el cotejo que estará haciendo continuamente el miserable condenado, de todo el tiempo que podia haber vivido en el mundo mortificándose un poco ó enteramente abandonado á sus pasiones, con la perdurable duracion de su desdichada suerte. ¿Con qué ojos mirará hoy el rico avariento, los cincuenta ó sesenta años que vivió entre gustos y delicias, comparados con los centenares que ha que está padeciendo? ¿Y qué lo parecerán esos cincuenta ó sesenta años, cuando los compare con cincuenta ó sesenta millones, pasados todos en los mas horrosos tormentos? Pasó la vida como sombra, como el relámpago, como la saeta disparada que hiende los vientos; y por una vida tan corta, tan rápida, tan fugaz, no veo ni término, ni remedio á esta violenta muerte á que estoy eternamente condenado en este horno encendido. ¡Oh, y quién apartara de mi imaginacion este cruel pensamiento! Ya que he de padecer, que no piense en ello. Prométnmelo, aunque solo sea por lisongearme, aunque me engañen, aunque despues no me lo cumplan.

En esta vida, por terribles y penosos que sean los males, la esperanza de que han de terminar, disminuye toda su actividad y fuerza; mas las penas del infierno no cesan; porque su eternidad es el mayor mal que aqueja á los condenados, y la revelacion que con respecto á otro género de penas del infierno no se encuentra espresada con tanta precision y claridad, en este punto, no deja lugar á la interpretacion. Los escritores sagrados indistintamente aseguran

de un modo incontrovertible, que la recompensa de la justicia y el castigo de la iniquidad, han de durar en el otro mundo por toda la eternidad. Vida y muerte eterna, son los términos con que en muchos pasajes de la Escritura Santa se describe la muerte que respectivamente aguarda á los hombres despues de la muerte temporal. En muchos de ellos se declara expresamente, que los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, y generalmente todos los que en su vida permanecieron sujetos al mundo, á la carne y al demonio, sufrirán una pena eterna.

El mismo Jesucristo nos dice por San Mateo, para librarnos de estas penas eternas tanto por su bondad como por su misericordia y amor: *Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtale y échale de tí; porque mas te vale entrar en la vida manco ó cojo, que teniendo dos manos ó dos piés ser echado en el fuego eterno.* Y en la terrible sentencia del dia del juicio, como ya hemos visto, dirá á los que están á la izquierda, á los orgullosos, á los malos que no cumplieron con sus deberes para con Dios y para con los hombres: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles... é irán estos al suplicio eterno.* San Judas finalmente nos recuerda, *que á los ángeles que no guardaron su principado, sino que desunpararon su lugar, los tiene reservados Dios con cadenas eternas en tinieblas para el juicio del gran dia.*

Aunque con razon se nos presentan las penas de los malos en el otro mundo como un castigo, pues que la principal es la separacion de aquel Ser, que es la única verdadera y real fuente de la felicidad, tambien pueden considerarse como un resultado natural y necesario de la vida del pecado. Si queremos saber en qué consisten principalmente los gozos de la bienaventuranza eterna, encontraremos en multitud de testimonios de nuestra revelacion, que es precisamente en la inmediata y gloriosa presencia de nuestro Dios y Salvador, ante quien nada puede haber que sea impuro, y el pecador impenitente está separado de Dios, y no puede hallarse en su presencia; ni en la mansion de los ángeles, como ya hemos manifestado. Porque siendo Dios eterno, é inmortal nuestra alma, y habiendo siempre la misma causa de oposicion entre Dios y el pecador, que es la culpa, la cual si no hemos borrado en esta vida, queda indeleble en la otra; es preciso que la separacion de Dios y la del pecador sea eterna.

En efecto, la razon nos manifiesta fundándose en la religion natural y revelada, que la vida presente es el único tiempo designado por Dios para nuestra prueba, y para que recorbrándonos del estado de degradacion moral, nos hagamos aptos para poder disfrutar de los puros y eternos gozos de las almas justas, que han llegado á la cumbre de la perfeccion. Cuando reflexionamos sobre las aflicciones de los justos en este mundo, y pensamos sobre la frecuente prosperidad de los inicos; cuando fijamos nuestra atencion sobre multitud de circunstancias, en las que se nos presenta como interrumpida la evidente tendencia del gobierno divino en esta vida, hácia un sistema perfecto de recompensas y de castigos, insensiblemente nos miramos conducidos, no solo á confesar la certidumbre de un estado futuro y de otra vida, sino tambien á reputar este mundo como el estado de prueba, y al mundo venidero, como el de una retribucion establecida y segura. La revelacion cristiana, fundada en los testimonios de las Escrituras Santas, nos confirma maravillosamente en la solidez de estos sentimientos; porque á la vez que los escritores sagrados inspirados por Dios, jamás hacen mencion de nuestro futuro estado de existencia, sino llamándole de felicidad ó de miseria, de recompensa ó de castigo, describen tambien la vida presente como el único periodo y la sola época en que *con temor y temblor* podemos trabajar en nuestra propia salvacion: que este es *solo el tiempo aceptable y el dia de la salvacion*, que ahora se ha de hacer la obra del dia, y que *viene la noche en que nadie puede trabajar*: que despues que el esposo haya entrado en la cámara nupcial, se cierra la puerta y ya no puede abrirse. Estos y otros semejantes son los principios expresados claramente y que se contienen en todas las exhortaciones que se nos hacen, para que acudamos oportunamente á la fé, al arrepentimiento, á la obediencia, é igualmente en todo precepto que se nos imponen seamos diligentes y estemos vigilantes aguardando la venida del Señor, ya como un esposo que viene á las nupcias, ya como un amo que llega á tomar cuenta á sus administradores. No hay razon alguna ni aun para imaginar, que pasado el tiempo oportuno concedido al género humano, se podrá encontrar en la sociedad de los demonios, y en aquella condicion y lugar de tinieblas, en aquella degradacion y separacion de Dios, que será la suerte desgraciada de los pecadores impenitentes en el otro mundo, esto es, en la época de la futura retribucion, alguna cosa ó algun motivo que diga la menor tendencia á curar la



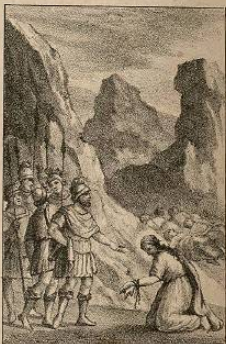
S. Patricio Obispo.



S. Gabriel Arcángel.



El Castísimo Patriarca Señor San José.



S. Eulalia Mártir.

naturaleza degradada, á redimirla de la esclavitud, á que pueda servir de medio para prepararnos á recibir la herencia santa y celestial.

Siendo pues inconcuso los testimonios que hemos alegado, y las razones que hemos expandido, siendo el infierno el elemento natural de los inicuos, y esta vida el único tiempo señalado para nuestra probacion y restablecimiento moral, es indudable que los que mueren en pecado serán para siempre excluidos de los gozes que disfrutará los que se hallen á la derecha de Cristo en el día del juicio final. *Moriréis en vuestro pecado*, decía Jesus á los incrédulos judios; y siendo inconcuso que el hombre formado á la imagen de Dios eterno nunca dejará de existir, debemos tambien sacar por conclusion, que la pena impuesta á los malos de la exclusion de la divina presencia, no tendrá fin. Y aunque esta doctrina sea un profundo misterio para nuestra limitada comprension, sujetando nuestra creencia, debemos emprender con ardor el camino de la vida eterna, para huir de la eternidad de las penas del infierno.

DIAS DE MARZO.—DÍA 17. SEGUNDO
DIA DIEZ Y SIETE.

San Patricio, obispo y confesor.

Nació San Patricio al fin del siglo IV, en la ciudad de Killpatrick, en Escocia, y fueron sus padres Calpurnio, noble breton del linage de romanos, y su madre Conquesa, sobrina de S. Martin de Tours. Nuestro Santo se educó en el temor de Dios, disponiéndose desde niño para los altos fines á que lo tenia señalado la Providencia.

Teniendo Patricio diez y seis años de edad, fué preso con varios sirvientes de su padre por los bárbaros, los cuales lo condujeron á Irlanda, y lo pusieron á cuidar cerdos, haciéndole sufrir todas las penalidades del cautiverio. En medio de tantos trabajos y abandono clamaba con fervor al cielo, y Dios que no desampara jamas á los que en él ponen toda su confianza, le proporcionó aun con medios milagrosos, dinero y embarcacion que le facilitase su fuga. Embarcóse Patricio para su patria; pero habiendo saltado en tierra en un lugar desierto, se vió en peligro él y los marineros de morir de hambre; mas habiendo prometido éstos, que eran paganos, convertirse á la fé católica por consejo de nuestro Santo, el mismo dia fueron provistos de alimentos, y sin tener ya mas necesidad llega-

ron á un pueblo donde recibieron hospitalidad, y de aquí pasó á la casa de su padre.

Cuatro años permaneció en su compañía; pero conociendo por muchas visiones que tuvo en este tiempo, que Dios lo llamaba á trabajar en la conversion de los pueblos de Irlanda, resolvióse pasar á la Bretaña. En el camino fué otra vez cautivado por unos piratas, que lo vendieron á los Pictos, de quienes recibió libertad: por tercera vez fué hecho esclavo y conducido á Burdeos, de donde su nuevo amo lo remitió libre á su patria.

No se detuvo en ella mucho tiempo, y resuelto á llevar adelante sus miras apostólicas, habiendo recibido los sagrados órdenes, y sido consagrado obispo por disposicion del papa Celestino I, para suceder á San Paladio, primer prelado de Irlanda, partió á desempeñar su mision, sobreponiéndose á todos los temores que sus parientes y amigos procuraban infundirle, abandonando para servir á Dios en un pais extranjero, su patria, bienes y familia.

Llegado á Irlanda, se dedicó con todo empeño á la conversion de sus bárbaros habitantes; pero sin dejarse vencer de las grandes dificultades que se le ofrecieron la recorrió toda, iluminándola con la luz del Evangelio, bautizó un gran número de infieles, y ordenando varios sacerdotes que lo ayudasen en su empresa, estableciendo conventos de religiosos de ambos sexos, y planteando todas las prácticas piadosas, volvió aquel lugar árido y espinoso un hermoso jardin del cristianismo. Pero no logró tantos triunfos contra el infierno sin sufrir una cruel persecucion de parte de sus ministros, los paganos y sus falsos sacerdotes; mas su heroica paciencia, su ardiente caridad y demas ilustres virtudes, junto con el on de milagros que habia recibido del cielo, con el cual lo obedecian los vientos y tempestades, huian á su contacto las enfermedades, y resucitaban los muertos, extendió tanto su rebaño, que le fué preciso proveerlo de pastores.

Al efecto partió á Roma el año 444, donde fué recibido por el papa San Leon Magno con el aprecio debido á un apóstol. Arreglados con su santidad los negocios espirituales á que iba, volvió á Irlanda, estableció varios obispados, erigió su metrópoli en Armagh, levantó muchas iglesias, convocó diversos concilios, y dictó tan acertadas disposiciones para el gobierno de aquella naciente Iglesia, que llamó la atencion de otras naciones.

Increíbles se hacen los trabajos de nuestro Santo. Hizo cuatro

viajes á Roma para negocios de su Iglesia, edificó mas de trescientas iglesias y ordenó tres mil sacerdotes. Su ejemplo vida correspondia á tantas tareas apostólicas: lo poco que adquiria con su trabajo lo distribuía entre las vindas, huérfanos y necesitados, sin distincion entre infieles y cristianos; llevaba siempre un áspero cilicio, ayunaba todo el año, viajaba á pié, rezaba diariamente el salterio, y una parte de él de noche, metido hasta la garganta en un estanque de agua helada. ¡Cuán grande es el poder de la gracia y la omnipotencia de su autor! La humildad de Patricio fué no ménos relevante, como lo acredita la famosa obra de su *Confesion*, en la que refiere sencillamente sus tentaciones, sus faltas, y las buenas obras que practicaba, confundiéndose en lo malo que le parecia haber hecho, y atribuyendo siempre á Dios lo bueno.

En fin, despues de tantos afanes y fatigas con que habia extendido la fé de Cristo en toda la Irlanda, murió de mas de cien años de edad. El martirologio romano y otros lo celebran el día de hoy, aunque no se sabe de cierto si fué el de su glorioso tránsito. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de Down, en Lester, y habiéndose hallado el año de 1185, se trasladó á otro lugar mas decente de la misma Iglesia.

Al hablar de San Patricio debemos decir dos palabras sobre su célebre purgatorio, de que hacen mencion algunos autores. Lo que hay de cierto en esto, es, lo que dicen los sabios jesuitas conocidos con el nombre de Bollandos. En una pequeña isla en el lago de Dearg, en la Ultonia, hay una caverna, á la que se retiraba el Santo á hacer penitencia, y donde una vez pasó toda una cuaresma en las mas rigorosas austeridades, y en los combates mas terribles con qué los demonios procuraban apartarlo del designio de convertir á los infieles. Se cree que el Santo alcanzó de Dios que mostrase en esta cueva á los paganos con algunos objetos sensible, las verdades que no podian comprender, para formarse idea del estado de las almas en la vida futura, así de los bienaventurados como de los réprobos. Estas apariciones hicieron famoso aquel lugar, al que se retiraban varias personas piadosas, á cuyo efecto se fabricaron en su rededor alguna celdillas; pero habiendo sobrevenido no pocos abusos y supersticiones entre los que concurrian á aquellos retiros, el papa Alejandro VI mandó que se cegara enteramente. Esta es la realidad de la historia; lo demas que se ha divulgado son

vulgaridades y fábulas, justamente proscritas por la Iglesia, que como columna es de la verdad, jamas apoya errores de ninguna clase.

La Epistola es de los capitulos XLIV y XLV de la Sabiduría. (Eclesiástico.) [pág. 199].

He aquí un sacerdote &c.

El Evangelio es del capitulo XXV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy léjos de su país llamó á sus criados y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, á otro dos, y uno solo á otro, á cada uno segun su capacidad, y marchóse inmediatamente. Fué, pues, el que recibió cinco talentos á comerciar con ellos, y sacó de ganancia otros cinco; de la misma suerte aquel que habia recibido dos ganó otros dos; pero el que recibió uno fué é hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas pasado mucho tiempo volvió el amo de dichos criados, y llamólos á cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, presentóle otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco mas que he ganado con ellos. Respondióle su amo: Muy bien, siervo bueno y leal: ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven á tomar parte en el gozo de tu señor. Llegóse despues el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me diste, aquí te traigo otros dos que he grangeado con ellos. Dijo le su amo: Bien está, siervo bueno y fiel: pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas mas: ven á participar del gozo de tu señor.

MEDITACION.

Sobre el aprecio que debemos hacer de nuestra alma.

Considera que si conocieras el valor de tu alma, no harías tan poco caso de ella, ni te espondrias con tanta facilidad á perderla. Solo Dios que la formó conoce su valor; porque es obra digna de sus manos, la mas principal, y la que tiene mas similitud con su divina Magestad: espiritual como Dios, inteligente é inmortal como su divina Magestad por ser espiritual. El mundo entero, por hermoso y perfecto que parezca, siendo, como es, material, no puede igualarla en perfeccion, ni entrar en comparacion con ella, ni por consiguiente contentar á la alma, por ser ella inmortal: todo lo que aca-

ba ó puede acabar, no puede hacer su felicidad; es menester que el objeto sea inmortal, sea eterno, y solo Dios lo es. Nosotros debemos juzgar del valor de nuestra alma, por la estimacion que Dios hace de ella; su juicio debe reglar el nuestro. Todo lo que hace en el órden de la naturaleza y de la gracia, tiene relacion á la salvacion de las almas; todas las criaturas que ha producido son para este fin; todos los cuidados de la Providencia se terminan en este. Enviar su Hijo al mundo, querer que se haga hombre y que muera en una cruz, todo es por la salvacion de las almas; parece que prefiriere estas á la vida de su Hijo, aunque era divina; pues quiere que la sacrifique para la salvacion de las almas. Su Hijo santísimo derrama voluntariamente toda su sangre para redimir las, y no se para en el precio; pues se alegra de esto y quiere que le demos la enhorabuena.

Considera que si las almas en sí mismas son de tan gran valor, ¿qué serán despues que han sido redimidas con la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué gran valor! Entra tambien en la estima que Dios hace de tu alma: estimála tú tanto como ves que él la estima. Si así la apreciaras, ¿la expondrias todos los dias á perderse por tan poca cosa? Dirias al demonio como dijo Judas á los judios: *¿Qué me queréis dar, y yo os le entregaré?* Este placer, esta honra, esta conveniencia, dáme la, que yo te daré mi alma. Ya que no estimais tu alma tanto como Dios la estima, estimála á lo ménos tanto como el demonio la estima. ¿Por qué la consideras tan poco, cuando él la mira como cosa tan preciosa? ¿Qué no hace? ¿Qué no dá, ó á lo ménos promete para tenerla y para condenarla? Y tú no quieres hacer nada, ni padecer nada, ni dar nada para salvarla. ¿Tienes, por ventura, ménos interes en la salvacion de tu alma, que tiene el demonio en su condenacion?

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah Señor, y qué poco he estimado una alhaja tan preciosa como la que me has dado, en mi alma, y que tú estimaste tanto, que no dudaste un punto dar por ella tu sangre y tu vida! ¡Ah! yo voy á apreciarla en adelante, no como á una alhaja mia que, no merezco por mi vil comportamiento, sino como á una prenda tuya que rescataste al precio infinito de tu sangre, y que pones á mi cuidado por un efecto de la benignísima confianza que haces de mí, para que te la cuide y conserve de manera que la poseas eternamente en

la gloria. Ella es el soplo de un Dios Criador que la produjo para hacerla feliz, y la adquisición de un Dios Redentor que la rescató para que fuese suya. Bajo de este concepto propongo verla siempre para apartarla de un mal que costó la vida á su Redentor, y encaminarla á un bien, que es el fin por que la redimió. Dame, Señor, que pueda así lograrla, mediante el auxilio de tu gracia, que imploro humildemente.

JACULATORIA.

Tuyo soy, Señor, sálvame.

LECCION.

Sobre la justicia con que Dios castiga á los réprobos en el infierno.

La enormidad de la pena en una justa legislacion, es la mas convincente prueba de la enormidad del delito, decia un orador cristiano. Así nosotros cuando tratamos de poner ante la consideracion de nuestros lectores las penas incomprensibles del infierno, llamamos su atencion á que contemplen que han sido estas penas decretadas y dispuestas por un Juez rectísimo, incapaz de torcer la justicia, ni hacerla exceder ni una sola linea mas allá de lo que demanda la naturaleza de la cosa; y á que por ello vengan en algun conocimiento de la gravedad enormísima del pecado mortal.

Desgraciadamente hablamos sobre una materia en que todo el mundo cree que tiene plenísimo conocimiento, y no es así: todo el mundo sabe que la malicia del pecado mortal es infinita, y que es tambien infinita la pena con que se castiga en el infierno; pero al mismo tiempo vemos que les hace fuerza que un acto que pasa en un momento, sea castigado eternamente; de donde es que desviándose de la idea de la justicia, conciben en Dios cierto rigor ó crueldad, como de quien se excede en el castigo de una falta; ó cuando no le guen á este extremo, por lo ménos se abisman no sabiendo cómo conciliar la bondad y misericordia de Dios con su justicia, de donde vienen á dar en una consecuencia que no conocen; pero que envuelve error; pues es lo mismo que si hallaran una cosa conforme á un atributo y no á otro; como si los atributos divinos pugnarán entre sí, cuando por el contrario son tan conformes entre sí, que no se distinguen realmente de la divina esencia. Es verdad que los efectos de la misericordia y de la justicia son diametralmente opuestos en

este caso, cuanto va de perdonar á no perdonar, de no castigar á castigar; pero respecto á Dios no es así; porque siendo incapaz de admitir en manera alguna ni el mas mínimo desórden, con todo su ser aborrece el pecado, y con todo su ser ama la justicia; esto es, con esa misma esencia que es misericordia y que es justicia aborrece la iniquidad y el pecado, y ama los medios de destruirlo ó castigarlo.

En el castigo eterno del pecado obra sola la justicia; porque no se dá la obra de la misericordia, que es perdonar; mas no porque la misericordia desaprube, condene ó se resienta de la obra de la justicia; pues no es ménos bueno Dios castigando, que perdonando; ántes bien, llena toda bondad con el castigo del pecado; porque Dios que es la suma bondad, repugna necesariamente y por su naturaleza misma á la suma maldad, que es el pecado. Siendo, pues, absolutamente imposible que Dios se avenga con el pecado, ó que pueda verlo con indiferencia, de necesidad lo ha de destruir ó castigar; esto es, ó lo destruye en la vida con su gracia, mediante la conversion del pecador, ó lo castiga eternamente, porque en el infierno ya no hay redencion.

En el perdon del pecado obra la misericordia; pero sin defraudar de sus derechos á la justicia; pues aunque al pecador le perdona la pena eterna, no es quedándose sin satisfaccion. ¿Pues con qué se paga la justicia divina? Con la pasion y muerte del Hijo de Dios en el Calvario, cuya satisfaccion infinita se aplica al pecador que se convierte de veras. A este se le exige una perfecta conversion; porque mientras la misma voluntad que obró el pecado no deteste su hecho y se arrepiente de él, el pecado está vivo, y no se le puede aplicar la satisfaccion de Cristo. La naturaleza misma, por decirlo así, de una verdadera conversion y sincero arrepentimiento, pide que el pecador repare todos los daños que ha hecho con su pecado, y quite, castigue y persiga las causas de corrupcion que se lo hicieron cometer. Si así lo hace, se le aplica la satisfaccion de Cristo; la justicia divina se paga con ella, y la misericordia le perdona el pecado y la pena eterna en que habia incurrido; lo restituye á la gracia, volviéndolo al ser y vida sobrenatural, le revive sus obras meritorias, y le vuelve el derecho á la bienaventuranza que habia perdido por su culpa. Mas si el pecador no pone lo que le exige la justicia, nada se le aplica y pierde todo el efecto de la misericordia. Vemos, pues, que la misericordia no se opone á la justicia, ni le de-

frauda sus derechos. Pues del mismo modo tampoco se resiente ni se vé defraudada cuando obra la justicia castigando al pecador; porque el pecador impenitente no es objeto adecuado de la misericordia. Si la justicia obrara castigando con pena eterna al pecador conrito, se lastimaria, por decirlo así, la misericordia, y se veria defraudada de lo que le pertenecia; pero en el pecador impenitente nada se le quita porque no es su objeto propio.

Esto no quiere decir que no sean los pecadores objeto de la misericordia ántes de arrepentirse. Si lo son, y á ella le deben el tiempo de penitencia que se les dá, y los auxilios con que se les socorre para su conversion; pero esto es en el tiempo aceptable, en el dia de salud, esto es, en esta vida en que el hombre puede convertirse y salir de su pecado; mas no en la eternidad, en que ya no hay redencion alguna. ¿Qué efecto produce entónces la misericordia sobre el pecador que se condenó por su impenitencia? Ninguno. Ni en su juicio se ejercerá misericordia con él: mucho ménos dada la sentencia y reducido á la pena; y pena que puntualmente consiste en esto, en perder á Dios; en no ser ya un objeto de su misericordia, sino de su justicia para ser castigado eternamente.

Ahora, este castigo eterno en manera alguna puede exceder á lo que el pecado merece, porque este pecado siempre existe, siempre está vivo, dura eternamente, y como nunca se destruye, nunca cesa la pena con que es castigado. El condenado es ya incapaz de arrepentimiento: su alma quedó confirmada en el pecado, se unió á él, se adhirió á él, se identificó con él, y por mas que le pese la pérdida del Sumo Bien de que se ve privado, no detesta su propia iniquidad: su corazon es todo malicia y pecado. ¿Qué esperanza, pues, puede haber de conversion? ¿Si acá en la tierra necesitaba de la gracia preveniente para poderse convertir, y á pesar de tenerla no se convirtió y se dejó morir en su pecado, ¿se convertirá en el infierno, donde no hay gracia alguna? Ciertamente que no: luego es preciso que siempre esté en pecado; y este pecado siempre en pena y castigo. ¡Oh! ¡que el acto con que este hombre pecó, pasó en un momento! ¿y qué importa eso? ¿Se arrepiñó de su pecado? ¿Lo destruyó, lo lavó con la penitencia antes de morir? No. Pues su pecado está vivo y será eternamente pábulo de las llamas infernales. ¡Oh! que este castigo es eterno; esta pena es infinita, y el pecado fué un acto finito producido por un hombre! ¿Y qué importa eso? ¿Por ventura este acto del hombre se mide

por lo que es en sí, en su ser físico? No, ciertamente, sino por la infinita dignidad de Dios á quien ofendió. ¿Qué importa, pues, que lo produjera un hombre finito, si se dirigió contra un Dios infinito? Una bala es un globo pequeño de plomo; pero se dispara contra un hombre y le quita la vida; así el pecado, le comete el hombre; pero ofende á Dios. ¿Y quién es capaz de conocer la gravedad y malicia de una ofensa que se hace á Dios? Sea cual se fuere el género de pecado que se cometa, siempre tiene por objeto á la criatura: el pecador delibera entre Dios y la criatura: ó pierde á Dios, ó renuncia de la criatura: ó goza de Dios, ó goza la criatura: ó posee á Dios eternamente, ó á la criatura por un momento: delibera pues, y prefiere á la criatura, haciéndo á Dios una injuria tan grande, como posponerlo á una criatura; pues dice en su corazon: Mas quiero á la criatura que á Dios; mas quiero perderme por gozar esta criatura, que renunciar de ella por no perder á Dios: esta criatura es mi Dios y mi felicidad: renuncio de Dios y de su gloria, por no perder esta criatura. ¿Qué es esto, pues, sino quitar á Dios la razon de último fin y sumo bien, y ponerla en la criatura, diciendo: Esta es mi Dios, ésta es mi último fin, ésta es mi bien, sumo? ¿Podrá concebirse gravedad y malicia mas enorme? ¿Ofensa mas atroz? ¿Injuria mas atrevida ó insolente? ¿Y contra quién? ¿Contra algun potentado de la tierra? ¿Contra un rey? ¿Contra un ángel? ¿Contra el espíritu mas grande y elevado de la milicia angelica? ¡Ah! Contra el mismo Dios; contra su Rey y Señor soberano; contra su Criador; contra su Redentor; contra el autor de toda su felicidad; contra aquel Dios inmenso. é infinito que no cabe en los cielos, y de tan soberana Magestad que tiemblan en su presencia y esconden sus rostros los mas encumbrados serafines. A este mismo es á quien el pecador ofende, y á quien destruye, por decirlo así, en su corazon criminal: él desobedece sus mas expresos mandamientos; él pisa su ley santa; él se atreve á ofenderle en su presencia, blasfema su nombre, desprecia sus dones, se burla de sus amenazas, y ultraja su soberana Magestad, manchando su templo, pisando su sangre, robándole sus almas, y llenando de escándalos la tierra. ¿Y despues de esto parecerá excesiva la pena con que Dios castiga á esta osada criatura? ¡Ah! si este infeliz sabe arrepentirse á tiempo y detestar sus pecados, por enormes que sean éstos, Dios le perdona, le restituye á su gracia, lo salva, y lo hace un bienaventurado, un príncipe del reino celestial; pero si se obstina en su

culpa, si vive en su pecado, si muere impenitente, Dios le castiga con la mayor justicia, lo aparte de sí porque él se apartó de su Magestad, y lo entrega á las llamas infernales que venguen los ultrages de su Dios ofendido. ¡Justa pena! ¡Mercedo castigo! ¡Ah! que no hay en el infierno un solo condenado que no esté convencido hasta la evidencia de la justicia con que Dios le castiga, y con que castiga á todos sus consortes.

DÍA DIEZ Y OCHO.

San Gabriel Arcangel.

Uno de los principales espíritus que asisten delante del trono de Dios, y cuya memoria debe ser muy grata á los hombres, es el Arcángel San Gabriel, cuya festividad celebra hoy nuestra Iglesia mexicana. Su nombre mismo y su mision manifiestan su grandeza: su nombre se interpreta *fortaleza de Dios*, y su mision fué la mas grande, la mas apreciable y benéfica que puede darse respecto del género humano.

Aunque este ángel, según aseguran los Santos Padres, es e los órdenes superiores, y no podia ser ménos, cuando se le encomendó la legacion del tan sublime sacramento de la Encarnacion del Verbo divino en las puras entrañas de María, ha sido enviado otras veces á la tierra, aunque no con la frecuencia que los de órden inferior; así porque, como dice San Pablo, todos ellos son ministros de Dios, como tambien por la dignidad y motivos de su embajada.

En el Testamento Antiguo se registra ya una de las venidas de Gabriel, para anunciar al profeta Daniel el tiempo fijado en los divinos decretos para la venida del Mesías, su muerte, la destruccion de la ciudad santa, y la reprobacion del ingrato pueblo que le habia de quitar la vida; en la famosa revelacion de las setenta semanas de años, de que se habla en la Epístola de este dia.

Parece que este Arcángel estaba destinado para anunciar todo lo directamente relativo al Mesías. Así es que ademas de la revelacion de que acabamos de hablar, en el capítulo I de San Lucas, hallamos nuevamente á Gabriel anunciando á Zacarías el nacimiento prodigioso de su hijo Juan, destinado á preparar el camino como precursor del hijo de Dios, añadiendo que iria *delante de él con el*

espíritu y virtud de Elias para convertir los corazones de los padres á los hijos, y los sacerdotales á la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo perfecto. . . . Yo soy, añadió, Gabriel, que asisto delante de Dios: y soy enviado á hablarte, y á traerte esta nueva feliz.

Pero la mas sublime embajada á que Dios tenia destinado á nuestro santo Arcángel, fué para anunciar á la immaculada Virgen María el asombroso misterio de la Encarnacion del Verbo divino. Esta historia que nos refiere el Evangelista San Lucas, es admirable y digna de toda consideracion. Gabriel saluda á María, llena de gracia, y la llama bendita entre las mugeres: le indica ser ella la destinada para dar á luz al Salvador del mundo, cuyo destino le señala; le asegura que esto será sin detrimento de su virginidad; y para disipar todas sus dudas, le manifiesta que su anciana prima Isabel cunenta ya el sexto mes de haber concebido un hijo, porque para Dios nada es imposible: últimamente recibe de los labios de la humildísima Virgen aquel *Hágase*, tan suspirado de los patriarcas y profetas, como el principio de la redencion del universo.

En fin, Gabriel, según el sentir de los intérpretes, fué el que descubrió á Señor San José la misteriosa preñez de su castísima esposa, cuando trataba de abandonarla; el que le previno se retirase á Egipto para librar á Jesus del sanguinario furor de Herodes; y quien, muerto este, le ordenó volviera á Judea á habitar á Nazaret, para evitar la tiranía de Arquelao.

Tan grandes, tan sublimes encargos no podian ménos que ser confiados á un ángel de órden superior; verdad que han conocido hasta los pueblos bárbaros, en medio de los innumerables y groseros errores con que han deturpado los dogmas del cristianismo: los persas llaman á Gabriel el *Espíritu fiel*, y el Alcorán fulmina anatema al que se declare adversario de este celestial parainfo; ¡cuánta, pues, no debe ser la devocion y respeto que los católicos debemos profesar á un embajador del acontecimiento mas dichoso para toda la naturaleza humana?

Seamos devotos de este Santo Arcángel, no solo por gratitud á la parte que tuvo en el misterio de la Encarnacion, sino por nuestra propia utilidad. "Los ángeles y los santos," dice un místico, "cuanto mas próximos se hallan á Dios, tanto mas se interesan en tener cuidado de nosotros; porque cuanto mas unidos están á su Magestad, arden con mas vehemencia en su inmensa caridad, be-

nignidad y misericordia." Siguese de aquí que Gabriel ha de tomar el mayor empeño en que los hombres se aprovechen de la restauracion de que fué nuncio, atenderá á los que se valgan de su intercesion, les alcanzará auxilios del Eterno, y derramará en sus corazones cuando los vea atribulados, los mas dulces consuetos, pues su oficio parece no haber sido otro que anunciar felices nuevas á los hombres.

La Epistola es del capítulo IX del profeta Daniel.

En aquellos dias: He aquí que Gabriel, el varon aquel que yo habia visto al principio de la vision, volando súbitamente me tocó en la hora del sacrificio de la tarde; y me instruyó, y me habló en los términos siguientes: Daniel, yo he venido ahora á fin de instruirte, y para que conozcas. La orden se dió desde que te pusiste á orar, y yo vengo para mostrártela; porque tú eres un varon de deseos. Atiende, pues, tú ahora á mis palabras, y entiende la vision. Se han fijado setenta semanas para tu pueblo y para tu santa ciudad, al fin de las que se acabará la prevaricacion, y tendrá fin el pecado, y la iniquidad quedará borrada, y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirá la vision y la profecía, y será ungido el Santo de los santos. Sábete, pues, y nota atentamente: Desde que saldrá la orden para que sea reedificada Jerusalem, hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas, y sesenta y dos semanas; y será nuevamente edificada la plaza y los muros en tiempo de angustia. Y despues de sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo; y no será mas tuyo el pueblo, el cual te negará. Y un pueblo con su caudillo vendrá; y destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será la devastacion; y acabada la guerra quedará establecida la desolacion.

El Evangelio es del capítulo I de San Lucas.

En aquel tiempo: Envió Dios al ángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una vírgen desposada con cierto varon de la casa de David, llamado José, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el ángel á donde ella estaba, la dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú eres entre las mugeres. Al oír tales palabras la vírgen, se turbó, y puso á considerar qué significaria una tal salutacion. Mas el ángel la dijo: No temas, ó María, porque has hallado gracia en los ojos del Señor. Sábete

que has de concebir en tu seno; y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Pero María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varon alguno? Y el ángel en respuesta la dijo: El Espiritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra: por cuya causa el santo que de tí nacerá será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido tambien un hijo: y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes: porque para Dios nada es imposible. Entónces dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

Sobre la excelencia de la virtud de la castidad.

Considera que la virtud de la pureza nos iguala con los ángeles; su pureza es mas dichosa, pero la nuestra tiene mas generosidad; ellos no tienen carne contra quien pelear, y nosotros sí; para conservar la nuestra en medio de tantos enemigos, son menester muchos combates; ¡y qué pocos quedan vencedores! La virginidad nos acerca á Dios, y en su divina Magestad va á buscar, segun dice San Ambrosio, su modelo. El Padre Eterno es vírgen y Padre, y por eso cuando Dios se quiso encarnar, quiso nacer de una Madre Vírgen. María Santísima, que no comprendia este misterio, cuando se le propuso el ser Madre de Dios, dijo: "¿Cómo podrá suceder esto con la virginidad que yo he resuelto guardar toda mi vida?" Grande debe ser el valor de esta virtud, pues María Santísima tan sabio, la preferia á la calidad de Madre de Dios, dificultando esta con la resolucion de no perder la otra. Habiendo querido tener Jesucristo un mas estrecho confidente y favorecido en la tierra, eligió á San Juan entre todos los discípulos, porque era vírgen. Nuestro Salvador, que sufrió que le levantasen tales y tantos testimonios, y que le llamasen impío, engañador y blasfemo, defendió la honra de la pureza, sin permitir que sus enemigos le levantasen sobre esto el mas mínimo testimonio. Dios mira con una ternura extraordinaria á las almas puras; se les comunica con mas particularidad, les descubre sus secretos, y les dispensa sus favores. Jesucristo hizo muchas gracias á Pedro; estimó mucho su zelo; pero so-

lo San Juan, que es puro y virgen, tuvo la honra de reposar sobre el pecho y el corazón de Jesús, logrando por esto la entrada en aquel glorioso santuario, donde no se oculta nada de los mas particulares secretos. Los confesores, los mártires, los apóstoles tienen grandes privilegios; pero parece que solo á las vírgenes fué concedido el seguir al Cordero á todas partes: son sus esposas, y esta ilustre calidad les dá universal entrada. La virginidad es aquel tesoro precioso por cuya conservacion muchas almas generosas sacrificaron su sangre y su vida: la conservacion de este tesoro es difícil; su pérdida irremediable: aunque se haya perdido la gracia, se puede volver á recobrar; pero la virginidad no se puede recobrar si se pierde, y no obstante, nada hay mas fácil que perderla; y ademas de esto, exponemos con tanta facilidad este tesoro, que parece que solicitamos perderlo, aunque consiste en esto nuestra dicha; cuando por el contrario debia ser motivo para nosotros de dolor eterno, pues es irremediable.

Considera que si tenemos una poca de fé y de discurso, no debemos omitir la mas mínima cosa que nos pueda ayudar á conservar la pureza. *Este es un tesoro, como dice San Pablo, que llevamos en vasos quebradizos.* ¿Cuál seria el cuidado de un hombre que teniendo un tesoro precioso en un vaso quebradizo, se viese precisado á pasar por caminos ásperos, estrechos y resbaladizos? No debe ser menor nuestro cuidado, pues nos rodean por todas partes precipicios y lazos que nuestros enemigos ponen á nuestra pureza. La mayor parte de los objetos que vemos, la mayor parte de las conversaciones que oímos, son tropiezos que el demonio pone. Si no estamos en vela continuamente sobre nosotros mismos, si no observamos todos nuestros pasos, cada uno será una caída, que haciéndonos perder la pureza, nos haga perder la gracia, nuestra alma y nuestro Dios. Pero ¡ay! que tantos santos se encerraron en grutas, tantas vírgenes jóvenes en conventos, y tantos, y tantos que vertieron su sangre por conservar su pureza; y nosotros hoy en el día no queremos para conservarla, sacrificar un pasatiempo que puede ser ocasion, ni velar sobre nuestros sentidos y pasos, ni evitar algunas compañías que pueden ser contrarias á esta virtud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

El amor á Jesucristo es ciertamente el medio mas poderoso para conservar la pureza, y el que se lo tenga con la plenitud y perfec-

cion que debe, puede contar con que adquirió felizmente esta virtud inestimable. Démonos, pues, á amar á Jesucristo con aquel amor á prueba de toda fidelidad y fineza que corresponden con quien tan fino y fiel es para nosotros; y pidámosle que no permita se manche ni con la mas leve falta el templo de nuestra alma, que purificó y consagró con su sangre preciosísima.

JACULATORIA.

Renueva sin cesar en mí, ó Señor, un espíritu recto y puro.

LECCION.

Sobre la octava parte del credo: CREO EN EL ESPÍRITU SANTO.

Habiendo tratado ya en las lecciones anteriores de los artículos de nuestra creencia, acerca de las dos primeras personas de la Santísima Trinidad, el órden natural pide nos ocupemos de los dogmas que dicen relacion á la tercera, que es el Espíritu Santo, y consideremos en el símbolo de nuestra fé, despues de lo que hemos manifestado acerca de la persona del Unigénito del Padre, lo que debemos creer del Espíritu divino, para completar, como dice San Agustín, la augusta Trinidad de personas que hay en Dios.

Asunto es este de suma importancia. Desde el principio de la Iglesia se ha tenido por tan necesaria la creencia de este artículo de nuestra fé, que no puede, sin culpa, ser ignorado por un cristiano, ni sentir ménos rectamente acerca de él, que acerca de los otros anteriores. Es necesaria, por consiguiente, la fé de este artículo para poder salvarse. Ademas de que, siendo de absoluta necesidad el conocimiento del misterio de la Trinidad augusta, se contiene en el indispensablemente el de las personas, y por consecuencia el del Espíritu Santo, como ya hemos visto al hablar de aquel dogma. El Apóstol San Pablo comoció que no eran cristianos algunos discipulos de Apolo, en Efeso, porque no conocian al Espíritu Santo; y los Hechos de los Apóstoles nos refieren, que habiendo hallado á algunos de estos discipulos, les dijo: *Cuando abrazasteis la fé, ¿creísteis el Espíritu Santo?* Y ellos le respondieron: *Antes ni aun hemos oido si hay Espíritu Santo.* Y el les dijo: *¿Pues en qué habeis sido bautizados?* En el bautismo de Juan, respondieron. Y entónces les dijo San Pablo: *Juan bautizó al pueblo con bautismo de penitencia, diciendo que creyesen en aquel que habia de*

venir despues de él; esto es, en Jesus. Oidas estas cosas fueron bautizados en el nombre del Señor Jesus; y habiéndoles Pablo puestos las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo. Al preguntar admirado el Apóstol, ¿pues en qué habeis sido bautizados? manifestó cuán necesario es el conocimiento distinto y especial de este artículo á los fieles, como si les dijese: La misma forma del bautismo expresamente nombra las tres personas de la Beatísima Trinidad, y no se confiere de otro modo válidamente el bautismo, sino en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Siendo, pues, inconcusa la necesidad de la creencia de este artículo, no lo es ménos su utilidad y el fruto que de él puede percibirse, pues cualquiera que piensa atentamente, dice el catecismo del concilio de Trento, que todo lo que tiene lo ha conseguido por don y beneficio del Espíritu Santo, al momento siente de sí mismo con mas modestia y humildad, y comienza á poner toda su esperanza en el socorro de Dios, cuyo procedimiento debe ser en el cristiano el primer grado para la suma sabiduría y felicidad. ¿Ni cómo podrá opinar de otro modo el que escuche á San Pablo, que hablando á los corintios les dice: *Sobre los dones espirituales no quiero, hermanos, que vivais en ignorancia. Sabéis que cuando erais gentiles os ibais á los ídolos inmundos, como erais llevados. Por tanto, os hago saber, que ninguno que habla por espíritu de Dios dice anatema á Jesus.* Y ninguno puede decir, Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo. Pues hay repartimientos de gracias, mas uno mismo es el espíritu. En efecto, el hombre sin la gracia del Espíritu Santo, aunque esté adornado de las ciencias y de los conocimientos mas sublimes, se halla por una parte vacío de toda útil y saludable nocion de Dios y de su verdad, y por otra se encuentra enagenado, por su iniquidad, de la vida de Dios; muerto en ofensas y pecados. Aunque el Sér Supremo proveyó compasivamente á nuestra indemnizacion por medio de la muerte de su Hijo, y á nuestra eterna bienaventuranza por los méritos del mismo, sin embargo ninguno puede salvarse entre tanto continje en su estado carnal y en su condicion, degradada por la culpa original. Los que se hallan sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, están destinados de la herencia de los santos. Los que tienen su espíritu corrompido y manchado, y cuya propension los inclina á la ira, la malicia y la envidia, están excluidos mientras subsisten en tal estado, de toda comunicacion con su Dios y Padre. Solo estas

reflexiones pueden guiarnos para comprender aquella doctrina de Jesucristo. *Si no nace de nuevo el hombre, no podrá ver el reino de Dios. . . . Sin que el hombre renazca de la agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.* Cuyas palabras se dignó explicar el mismo Jesucristo, segun nos refiere San Juan, en estos términos: *Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles porque te dije: Os es necesario nacer otra vez. El espíritu donde quiere sopla, y oyes su voz; mas no sabes de dónde viene, ni á dónde va: así es todo aquel que es nacido de espíritu.*

Supuestas ya la necesidad y la utilidad de este artículo, procuraremos desenvolver los dogmas que en él se contienen con la debida distincion, reduciéndonos hoy únicamente á manifestar, que esta palabra *Espíritu Santo*, no conviene de tal modo á la tercera persona de la augusta Trinidad, que no pueda atribuirse tambien al Padre y al Hijo, indicando sin embargo las razones por qué se atribuye como un nombre propio á la tercera persona divina.

Para proceder, pues, á la explicacion de este artículo, parece natural comenzar por explicar la palabra *Espíritu Santo*, su fuerza, y su extension; porque siendo igualmente el Padre y el Hijo espíritus y santos, parece no se distingue bien con este nombre la tercera persona de la Trinidad. Veamos, pues, en qué términos se expresan los sagrados escritores, y cómo aplican estos nombres con toda propiedad al Padre y al Hijo. *Dios es Espíritu*, dice el mismo Jesucristo, segun San Juan. Y San Pablo, hablando á los corintios, de Jesus, dice: *Porque el Señor es Espíritu.* Isaías nos refiere, que los serafines que estaban delante del Señor, lo saludaban, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos.* Lo mismo refiere San Juan en el Apocalipsis, de los cuatro animales que estaban delante del trono del Altísimo. Y con respecto á los ángeles y á las almas piadosas, vemos tambien que algunas ocasiones se les llama espíritus, y que en otras se les atribuye la santidad; sin embargo, siempre en las Escrituras Santas se habla del Espíritu Santo personalizado, ó llamado así por antonomasia, ó por excelencia, se entien- de claramente de la tercera persona de la Trinidad augusta, de suerte, que aunque el Padre sea Espíritu Santo, y el Hijo sea Santo y Espíritu, nunca se usa en la Escritura de estas palabras unidas para indicar ni á la una, ni á la otra persona, y sí para designar la tercera, como se advierte en los pasages siguientes. El profeta David:

Cria en mí, dice, un corazón puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto. No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu Espíritu Santo. En el libro de la Sabiduría se lee: *¿Quién sabrá tu sentido, si no le dieres tú la sabiduría, y le enviases de lo alto tu Espíritu Santo?* San Mateo dice: *Que siendo María desposada con José... se halló haber concebido... del Espíritu Santo.* Hablando de San Juan, refiere que exclamaba: *Yo os bautizo en agua para penitencia; mas el que ha de venir en pos de mí... os bautizará en Espíritu Santo.* Añade que el mismo Jesucristo aseguró: *Todo el que dijere palabra contra el Hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará.* Y por último, advierte que Jesús previno á sus discípulos: *Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* San Marcos nos refiere haber dicho Cristo á sus discípulos: *Cuando os llevaren para entregaros, no premeditéis lo que habeis de hablar; mas decid lo que os fuere dado en aquella hora, porque no sois vosotros los que habláis sino el Espíritu Santo.* San Juan asegura que el Bautista dió testimonio, diciendo: *Que vio el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía; mas aquel que me envió á bautizar en agua, me dijo: Sobre aquel que tú vieres descender el Espíritu y reposar sobre él, este es el que bautiza en Espíritu Santo.* Finalmente, nos refiere que Jesucristo *sopló sobre sus discípulos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.* Y en otros muchos lugares, tanto de los Evangelistas como de los demas autores sagrados, siempre que se encuentran estas palabras *Espíritu Santo*, hacen relacion á la tercera persona de la augusta Trinidad, sin que puedan entenderse de las otras dos, ni mucho ménos de los ángeles ó de las almas santas.

Pero veamos ya las razones porque se atribuye como un nombre propio á la tercera persona de la Trinidad el dictado de Espíritu Santo. Hemos manifestado que conviene con toda propiedad el significado de estas dos voces al Padre y al Hijo; pero una y otra tienen ademas otros nombres que son sus distintivos más propios y adecuados; pues que la segunda persona se llama Hijo, porque su origen eterno del Padre se denomina generacion, como ya explicamos al tratar del misterio de la Trinidad; y así como para denotar aquel origen nos valemos del nombre de generacion, así á la persona que emana la llamamos con toda propiedad Hijo, y aquella de

quien emana, Padre. Ahora bien: como á la produccion de la tercera persona no se haya impuesto un nombre propio, sino que se llama con el nombre comun de espiracion ó procesion, se sigue por consecuencia que tambien la persona que se produce carezca de un nombre especial y distintivo. No teniendo, pues, un nombre propio la emanacion de la tercera persona, y como frecuentemente tomamos los nombres que atribuimos á Dios de las cosas criadas, y en ellas no conocemos otro modo de comunicar una á otra su naturaleza, sino por el poder de engendrar, por esta causa sucede, que aquella razon por la cual se comunica Dios á sí mismo por fuerza del amor, no la podemos explicar con un vocablo propio, y tenemos que valernos del nombre comun de Espíritu Santo, para denominar á la tercera persona de la Trinidad augusta.

Tal es la explicacion que sobre la propiedad de este nombre nos dan San Agustin, San Dionisio Areopagita, Santo Tomas, y el catecismo del concilio de Trento. Mas porque se haya tomado este nombre comun mas bien que otro, añade el catecismo citado, va la siguiente causa: "Porque infunde en nosotros la vida espiritual, y sin el influjo de su santísimo Espíritu nada podemos hacer digno de la vida eterna." San Agustin añade, "Siendo el Padre Espíritu y el Hijo Espíritu; y el Padre Santo y el Hijo Santo, sin embargo, la tercera persona se llama propiamente Espíritu Santo, como la santidad substancial y consubstancial de ambos."

Por otra parte, este nombre Espíritu en las cosas corporales de donde lo hemos aplicado á las divinas, significa cierto vigor natural, ánimo, aliento y esfuerzo, en cuya acepcion se aplica al hálito y respiracion de los vivientes; y siendo á la vez propio del amor imperar la voluntad del amante hácia lo amado, la tercera persona de la Trinidad que procede del Padre y del Hijo como amor, ó como caridad y como union inefable de uno y otro en expresion de los Santos Padres, con toda precision y propiedad es llamado Espíritu. Igualmente la santidad se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios, y por lo mismo la persona divina que procede como el amor con que Dios se ama, se denomina exactamente el Espíritu Santo, y este es su nombre distintivo con el que se conoce, y con el que es llamado mas frecuentemente en las Escrituras. En las siguientes lecciones veremos los demas nombres que igualmente se le aplican, y con que se denotan sus oficios divinos.